

no es mio; pues no hay causa para ello, si no
fuere tener tan poco entendimiento como yo, y
habilidad para cosas semejantes, si el Señor
por su misericordia no la da.

MORADAS PRIMERAS.

HAY EN ELLAS DOS CAPÍTULOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras
almas: pone una comparacion para entenderse, y dice
la ganancia que es entenderla, y saber las mercedes
que recibimos de Dios, y como la puerta deste casti-
llo es oracion

1. Estando hoy suplicando á Nuestro Se-
ñor hablase por mí, porque yo no atinaba á
cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir
esta obediencia, se me ofreció lo que ahora
diré; para comenzar con algun fundamento,
que es considerar nuestra alma como un cas-
tillo todo de un diamante, ó muy claro cris-
tal, á donde hay muchos aposentos; así como
en el cielo hay muchas moradas. Que si bien
lo consideramos, hermanas, no es otra cosa
el alma del justo, sino un paraíso á donde
(dice) él tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os

parece que será el aposento á donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No halla yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma, y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderlo; así como no pueden llegar á considerar á Dios, pues él mismo dice que nos crió á su imágen y semejanza.

2. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura deste castillo; porque puesto que hay la diferencia dél á Dios, que del Criador á la criatura, pues es criatura, hasta decir su Majestad que es hecha á su imágen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión; que por nuestra culpa no entendamos á nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen á uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fue su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no

procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así á bulto porque lo hemos oído, (y porque nos lo dice la fe) sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, ó quién está dentro en esta alma; ó el gran valor della pocas veces lo consideramos: y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste, ó cerca deste castillo, que son estos cuerpos.

3. Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas; unas en lo alto, otras en lo bajo, otras á los lados ó en el centro, y mitad de todas estas tiene la mas principal, que es á donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais advertidas á esta comparación, quizá será Dios servido pueda por ella daros algo á entender de las mercedes que es Dios servido hacer á las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, cuanto mas quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el

Señor os las hiciere saber, que es posible; y á quien no, para alabar su gran bondad: que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan: tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa.

4. Tengo por cierto, que á quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad, y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podremos dejar de alegrar de que haga Dios estas mercedes á un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas á nosotras? ¿Y de que su Majestad dé á entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será solo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles, si era por sus pecados, ó de sus padres. Y así acaece, no las hace por ser mas santos á quien las hace, que á los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Mag-

dalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

5. Podráse decir que parecen cosas imposibles, y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar á los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán á mas amar á quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto mas, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa á sus obras: y así, hermanas, jamás os acaezca, á las que el Señor no llevare por este camino.

6. Pues tornando á nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podemos entrar en él. Parece que digo algun disparate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues ella sé es el mesmo, como parecería desatino decir á uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habeis de entender que va mucho de estar á estar; que hay muchas

almas que están en la ronda del castillo, que es á donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oido en algunos libros de oracion aconsejar al alma, que entre dentro de sí; pues esto mismo es:

7. Decíame poco há un gran letrado, que son las almas que no tienen oracion como un cuerpo con perlesia, ó tullido, que aunque tiene piés y manos, no los puede mandar: que así son, que hay almas tan enfermas, y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabbandijas y bestias que están dentro del castillo, que ya casi está hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversacion no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hácia sí; así como lo quedó la mujer de Loth por volverla. Porque á quanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este

castillo es la oracion y consideracion: no digo mas mental, que vocal, que como sea oracion, ha de ser con consideracion; porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y á quién, no la llamo yo oracion, aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será, aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene á la boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oracion, ni plega á Dios que ningún cristiano la tenga desta suerte, que entre vosotras, hermanas, espero en su Majestad no la habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

8. Pues no hablemos con estas almas tullidas (que si no viene el mesmo Señor á mandarnos se levanten, como al que habia treinta años que estaba en la piscina, tienen harta mala ventura y gran peligro) sino con otras almas, que en fin entran en el castillo; porque aunque están muy metidas en el mundo, tie-

nen buenos deseos, y alguna vez aunque de tarde en tarde, se encomiendan á Nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy de espacio; y alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios el pensamiento (cási lo ordinario es esto) porque están tan asidos á ellos, que (como á donde está su tesoro, se va allá el corazon) ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento, y ver que no van bien para atinar á la puerta. En fin, entran á las primeras piezas de las bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni les dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar: harto hacen en haber entrado.

9. Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues por la bondad del Señor no sois destas. Habeis de tener paciencia, porque no sabré dar á entender, como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oracion, sino es así, y aun plega al Señor que atine á decir algo; porque es bien dificultoso lo que querria daros á entender, si no hay experiencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar, en lo que plega al Señor no nos toque por su misericordia.

CAPÍTULO II.

Trata de cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal, y como quiso Dios dar á entender algo desto á una persona. Trata tambien algo sobre el propio conocimiento. Es de provecho porque hay algunos puntos de nolar. Dice cómo se han de entender estas moradas.

1. Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis, qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan escura y negra, que no lo esté mucho mas. No querais mas saber, de que con estarse el mesmo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar dél, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en el Sol. Ninguna cosa le aprovecha; y de aquí viene, que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria, porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de

donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos dél, no puede ser agradable á sus ojos: pues en fin el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla.

2. Yo sé de una persona, á quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando peca mortalmente. Dice aquella persona, que le parece si lo entendiesen ¹, no sería posible ninguno pecar, aunque se pudiese á mayores trabajos que se pueden pensar, por huir de las ocasiones. Y así le dió mucha gana que todos le entendieran; y así os la dé á vosotras, hijas, de rogar mucho á Dios por los que están en este estado, todos hechos una oscuridad, y así son sus obras; porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyos que salen della, como

¹ Esta imposibilidad de pecar, que pone aquí la Santa, se debe entender del mismo modo que explican los Santos Padres: la misma imposibilidad de pecar que pone san Juan en su epístola I, cap. III, v. 9, de que trata Cornelio Alápite sobre este texto, y pone seis modos de entenderla: el uno es, que no puede pecar, esto es, no puede pecar fácilmente, si no es con mayor dificultad que otros.

es un alma que está en gracia (que de aquí le viene ser sus obras tan agradables á los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden desta fuente de vida, á donde el alma está como un árbol plantado en ella, que fresca y fruto no tuviera, si no le procediera de allí, que esto la sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto), así el alma, que por su culpa se aparta desta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre della es la misma desventura y suciedad.

3. Es de considerar aquí, que la fuente y aquel Sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro della, y cosa no puede quitar su hermosura; mas si sobre un cristal que está á el sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operacion en el cristal.

4. ¡Ó almas redemidas por la sangre de Jesucristo, entendedos, y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procurais quitar esta pez de este cristal? Mira que se os acaba la vida, y jamás

tornaréis á gozar desta luz. ¡Ó Jesús! ¡Qué es ver á un alma apartada della! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaldes, y mayordomos, y maestresalas, ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, como á donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar? Oí una vez á un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que híciere uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacia. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino esta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir á Dios en nuestras oraciones; porque si él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la mesma vanidad.

5. Decia aquella persona, que habia sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo. La una, un temor grandísimo de ofenderle; y así siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños. La se-

gunda, un espejo para la humildad, mirando como cosa buena que hagamos, no viene su principio de nosotros, sino desta fuente, á donde está plantado este árbol de nuestras almas, y deste Sol que da calor á nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena, ó viéndola hacer, acudia á su principio, y entendia como sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedia ir luego á alabar á Dios, y lo mas ordinario no se acordar de sí en cosa buena que híciere.

6. No seria tiempo perdido, hermanas, el que gastádes en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y así por ventura quiere el Señor que vengan á nuestra noticia semejantes comparaciones, plega á su bondad nos dé gracia para ello. Son tan oscuras de entender estas cosas interiores, que á quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de ser decir muchas cosas superfluas, y aun desatinadas, para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues

yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué decir, ni cómo comenzar.

7. Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interiores como pudiere, porque siempre oímos cuán buena es la oracion, y tenemos de constitucion tenerla tantas horas; y no se nos declara mas de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor en un alma, declárase poco (digo sobrenatural) diciéndose, y dándose á entender en muchas maneras; sernos ha de mucho consuelo considerar este artificio celestial interior, tan poco entendido de los mortales, aunque vayan muchos por él. Y aunque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo á entender, entiendo que algunas no las habia entendido como después acá, en especial de las mas dificultosas. El trabajo es, que para llegar á ellas, como he dicho, se habrán de decir muchas muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

8. Pues tornemos ahora á nuestro castillo de muchas moradas. No habeis de entender estas moradas una en pos de otra, como

cosa enhilada, sino poner los ojos en el centro, que es la pieza ó palacio á donde está el Rey, y considerar como un palmito, que para llegar á lo que habeis de comer, tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan; así acá en redondo desta pieza están muchas, y encima lo mesmo (porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud, y anchura, y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho mas que podrémos considerar), y á todas partes della se comunica este Sol que está en este palacio.

9. Esto importa mucho á cualquier alma que tenga oracion, poca ó mucha, que no la arrinconen, ni aprieten; déjela andar por estas moradas, arriba y abajo, y á los lados, pues Dios le dió tan gran dignidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, aunque sea en el propio conocimiento, que con cuán necesario es esto (miren que me entiendan) aun á las que las tiene el Señor en la mesma morada que él está, que jamás, por encumbradas que estén les cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera: que la humildad siempre labra como la abeja en la

colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir á volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento, créame, y vuela algunas veces á considerar la grandeza y majestad de su Dios: aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y mas libre de las sandijas á donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo demás, como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud, que muy atadas á nuestra tierra.

10. No sé si queda dado bien á entender, porque es cosa tan importante este conocer nos, que no querría en ello hubiese jamás relajacion, por subidas que esteis en los cielos, pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que mas nos importe que la humildad. Y así torno á decir, que es muy bueno, y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento á donde se trata desto, que volar á los demás, porque este es el camino, ¿y si podemos ir por lo seguro y llano, para qué hemos de querer alas para volar? Mas que

busquen como aprovechar mas en esto, y á mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios, mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza; y mirando su limpieza, verémos nuestra suciedad; considerando su humildad, verémos cuán lejos estamos de ser humildes.

11. Hay dos ganancias desto. La primera está claro que parece una cosa blanca, muy mas blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace mas noble y mas aparejado para todo bien tratando á vueltas de sí con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno y miseria, es mucho inconveniente. Así como decíamos de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes así acá, aunque no son como aquellas (Dios nos libre, que esto es comparacion) metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran, no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra,

si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oracion, si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos los extremos, aunque sean en virtud, que como soy tan pecadora, será caer de mas alto, quizá no iré adelante y haré daño á los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

12. ¡Ó váleme Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto le parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir; y viene de no acabar de entendernos, tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto, que esto y mas se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde: que aunque esta es la primera morada, es muy rica y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas della, no se quedará sin pasar

adelante. Terribles son los ardidés y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.

13. Destas moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de experiencia, por eso digo, que no consideren pocas piezas, sino un millon, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intencion; mas como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios para combatir, que no pasen de unas á otras, y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trapantojos. Lo que no puede tanto á las que están mas cerca de donde está el Rey; que aquí, como aun se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias que Dios les dió de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado, han menester acudir á menudo, como pudieren á su Majestad, tomar á su bendita Madre por inter-

cesora, y á sus Santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados pocas fuerzas tienen para se defender. A la verdad en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad la dé por su misericordia. Amen.

14. ¡Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad y propio conocimiento, no os digo mas aquí, aunque es lo que mas nos importa; y aun plega al Señor haya dicho algo que os aproveche. Habeis de notar, que en estas moradas primeras aun no llega cási nada la luz que sale del palacio donde está el Rey, porque aunque no están escurecidas y negras, como cuando el alma está en pecado, está escurecida en alguna manera, para que no la pueda ver (el que está en ellas, digo), y no por culpa de la pieza (que no sé darme á entender), sino porque con tantas cosas malas de culebras, víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él, no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrase en una parte á donde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que cási no los pudiese abrir. Clara está la pieza, mas él no lo goza por el

impedimento, ó cosas destas fieras y bestias, que le hacen cegar los ojos, para no ver sino á ellas. Así me parece debe ser un alma, que aunque no está en mal estado, está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda, ó honra, ó negocios, como tengo dicho, que aunque en hecho de verdad se querria ver y gozar de su hermosura, no la dejan, ni parece que puede descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho para haber de entrar á las segundas moradas, que procure dar de mano á las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado. Que es cosa que le importa tanto llegar á la morada principal, que si no comienza á hacer esto, lo tengo por imposible, y aun estar sin mucho peligro en la que está, aunque haya entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez ú otra es imposible dejarla de morder.

15. Pues ¿qué sería, hijas, si á las que ya están libres destes tropiezos, como nosotros, y hemos entrado muy mas dentro á otras moradas secretas del castillo, si por nuestra culpa tornásemos á salir á estas barahundas, como por nuestros pecados debe de haber mu-

chas personas que las ha hecho Dios mercedes, y por su culpa las echan á esta miseria? Acá libres estamos en lo exterior, en lo interior plega al Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad, que en pocas moradas deste castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es, que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear (como creo he dicho) que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardidés, y que no nos engañe hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño, entrando poco á poco, y hasta haberle hecho, no le entendemos.

16. Ya os dije otra vez, que es como una lima sorda, que es menester entenderle á los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor á entender. Pone en una hermana unos ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso, sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer, que en cosa tan buena bien se puede atrever y escondidamente se da tal vida, que viene á perder

la salud, y no hacer lo que manda su regla, ya veis en qué paró este bien. Pone á otra un celo de la perfeccion muy grande; esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltica de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir á la priora; y aun á las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religion, como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien.

17. Lo que aquí pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que seria gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfeccion verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con mas perfeccion guardáremos estos dos mandamientos, serémos mas perfectas. Toda nuestra regla y constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con mas perfeccion. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño; cada una se mire á sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querria que se os olvidase;

porque de andar mirando en las otras unas naderías, que á las veces no será imperfeccion, sino como sabemos poco, quizá lo echarémos á la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras: mira si costaria caro la perfeccion. Tambien podria el demonio poner esta tentacion con la priora, y seria mas peligrosa.

18. Para esto es menester mucha discrecion; porque si fuesen cosas que van contra la regla y constitucion, es menester que no todas veces se eche á buena parte, sino avisarla; y si no se enmendare, al perlado: esto es caridad. Y tambien con las hermanas, si fuese alguna cosa grave, y dejarlo todo por miedo, si es tentacion seria la mesma tentacion. Mas hasé de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuracion, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria á Dios, no hay tanto lugar como se guarda tan continuo silencio, mas bien es estemos sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS.

HAY EN ELLAS UN CAPÍTULO.

CAPÍTULO ÚNICO.

Trata de lo mucho que importa la perseverancia para llegar á las postreras moradas, y la gran guerra que da el demonio, y cuánto conviene no errar el camino en el principio para acertar: da un medio que ha probado ser muy eficaz.

1. Ahora vengamos á hablar cuáles serán las almas que entran á las segundas moradas, y qué hacen en ellas. Querria deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo, y será imposible dejar de tornar á decir otra vez mucho dello; porque cosa no se me acuerda de lo dicho, que si se pudiera guisar de diferentes maneras, bien sé que no os enfadarades, como nunca nos cansamos de los libros que tratan desto con ser muchos. Es de los que han ya comenzado á tener oracion, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras moradas; mas no tienen aun determinacion para dejar muchas veces de es-